

idea de partir, de ir á buscarnos la vida en algún país de sol, ya que los nebulosos nos eran tan duros... ¿Pero á dónde? Hicimos lo que hacen á veces los marineros para saber á qué figón irán á comerse su soldada. Se pega un pedazo de papel al borde del sombrero. Se hace dar vueltas á éste con un bastón; cuando pára, se toma el punto... Á nosotros la aguja de papel nos señalaba Túnez... Ocho días después desembarcaba en Túnez con medio luís en el bolsillo, y hoy vuelvo de allí con veinte y cinco millones...»

Hubo como una sacudida eléctrica en torno de la mesa, una chispa en todos los ojos, hasta en los de los criados. Cardailhac dijo: «¡Chambal!» La nariz de Monpavon se humanizó.

«—Sí, hijos míos, veinte y cinco millones contantes y sonantes, sin contar lo que queda en Túnez, mis dos palacios del Bardo, mis buques en el puerto de la Goleta, mis diamantes, mis piedras preciosas que indudablemente valen más del doble. Y ya lo sabéis, añadió con su sonrisa bonachona y su voz cascada y acanallada, cuando se hayan acabado habrá todavía.

Toda la mesa se puso en pié, galvanizada.

—Bravo... Bravo.

—Soberbio.

—Precioso... precioso.

—Eso es el Mesías.

—Un hombre así tendría que estar en la cámara.

—Pues irá, *per Bacco*, respondo de ello, dijo el gobernador en voz de trueno: y en un arrebato de admiración, no sabiendo de qué manera demostrar su entusiasmo, cogió la gruesa mano velluda del Nabab y la llevó á los labios por un impulso irreflexivo. Para expresivos los de su tierra... Todos estaban en pié: ya nadie volvió á tomar asiento.

Jansoulet, radiante, se había levantado como todos y tirando la servilleta:

—Vamos á tomar el café...

Al punto un tumulto regocijado cundió por los salones, vastas piezas en que el oro era á un tiempo la luz, el decorado y la suntuosidad. Caía del techo en rayos deslumbrantes, rezumaba por las paredes en filetes, travesaños, encuadramientos de todas clases. Cuando se apartaba un mueble ó se abría una

ventana, se pegaba á las manos: y los mismos cortinajes, bañados en aquel Pactolo, conservaban en sus pliegues verticales la rigidez, el centelleo del metal. Pero nada de personal, de íntimo, de rebuscado. El lujo uniforme de la habitación de alquiler. Y lo que contribuía á esa impresión de campamento, de instalación provisional, era la idea de viaje que se cernía sobre aquella fortuna de remotas fuentes, como una incertidumbre ó como una amenaza.

Servido el café á la oriental, con todo el aparato de rigor, en tacitas afiligranadas de plata, los convidados todos se agruparon en derredor, bebiendo apresuradamente, escalándose, acechándose el uno al otro, espiondo sobre todo al Nabab y el momento propicio para echársele encima, llevárselo á algún rincón de aquellas inmensas piezas y negociar por fin su correspondiente préstamo. Porque esto era lo que estaban esperando dos horas hacía, tal el objeto de su visita y la idea fija que durante el almuerzo les daba aquel aspecto azorado, fingidamente atento. Pero ya aquí basta de repulgos, de ceremonias. Es punto averiguado en este mundo especial que en la vida atropellada del Nabab el momento del café es el único libre para las audiencias confidenciales, y como cada uno quiere coger la ocasión, llevados todos de la mira de arrancar una vedija de ese vellocino de oro que por sí mismo tan espontáneamente se les viene á la mano, ni hablan, ni escuchan, atento cada cual á su negocio.

Jenkins, el inmejorable Jenkins, rompe la marcha. Se lleva á su amigo Jansoulet junto al alféizar de una ventana y le detalla el presupuesto de la casa de Nanterre. ¡Una bonita ganga! Ciento cincuenta mil francos de compra, gastos considerables de instalación, el personal, las cunas, las cabras nodrizas, el carruaje para el director, los ómnibus para ir á buscar á los niños á cada tren... ¡Ya es dinero!... ¡Pero qué bien van á estar, pobres inocentes! ¡qué servicio prestado á París, á la humanidad! El gobierno no podrá menos que galardonar con su cinta encarnada correspondiente acto de filantropía tan desinteresado. «La cruz, el 15 de agosto...» Mediante este mágico conjuro, Jenkins alcanzará cuanto quiere. Con su voz alegre y estropajosa que parecía como si estuviese siempre bocinando una lancha perdida entre la niebla, el Nabab grita: «Bompain.» El sujeto del fez, arrancándose á

la bodega de los licores, atraviesa el salón majestuosamente, cuchichea, se va, y vuelve con un tintero y un cuaderno talonario cuyas hojas se rasgan, se sueltan por sí mismas. ¡Qué cosa es la riqueza! Firmar encima de la rodilla un talón de doscientos mil francos no le cuesta á Jansoulet ni más ni menos de lo que le costaría sacar un duro del bolsillo.

Furiosos, la nariz metida en su taza, los demás atisban de lejos aquel curioso episodio. Así que Jenkins se va, risueño, contoneándose, saludando con una inclinación de cabeza á los diversos grupos, Monpavon agarra al gobernador: «Paso ataque.» Y arremetiendo ambos á dos contra el Nabab, se le llevan á un diván, le hacen sentar á la fuerza, y le amarran entre los dos con una sonrisita maligna como si dijese: «¿Qué le haremos?» Sacarle dinero, todo el dinero posible. Hace falta para poner á flote la *Caja territorial* encallada hace una porción de años, hundida hasta los topes... Soberbia operación la de desencallarla, si hay que creer á los dos caballeros, puesto que la caja sumergida está henchida de lingotes, de sustancias preciosas, de los infinitos y variados tesoros de una comarca virgen de que habla todo el mundo y que nadie conoce. Al fundar este establecimiento sin rival, Paganetti de Porto-Vecchio se ha propuesto monopolizar la explotación de la Córcega entera: minas de hierro, de azufre, de cobre, canteras de mármol, criaderos de coral, de ostras, aguas ferruginosas, sulfurosas, bosques inmensos de tuyas, de alcornoques, sin que se requiera para facilitar la explotación más que una red de ferro-carriles al través de la isla, y un servicio de buques de transporte. Tal es la empresa gigantesca á la cual se ha uncido. Hoy por hoy lleva enterrados en ella capitales considerables, y el legado últimamente, el obrero del postrer minuto será el que obtendrá más pingüe beneficio.

Mientras con su acento italiano y dislocada gesticulación el corso detalla los esplendores del negocio, Monpavon, altanero y digno, mueve la cabeza convencido, en señal de aprobación, y de vez en cuando, siempre que la ocasión le brinda, deja caer en la conversación el nombre del duque de Mora, de efecto seguro en el Nabab.

—Vamos á ver, ¿cuánto se necesitaría?

—Millones, dice Monpavon enfáticamente, en el tono de quien no se apura por tal bicoca. Sí, millones. Pero el nego-

cio es magnífico. Y, como decía su Excelencia, sería para un capitalista un medio de crearse una alta posición, hasta una posición política. Se trata precisamente de un país exhausto de dinero. Nada más fácil que hacerse nombrar consejero general, diputado...

El Nabab se estremece... Y el listo Paganetti, que siente agitarse el cebo en el anzuelo:

—Sí, diputado lo seréis así que se me antoje... Á una señal mía, es vuestra, como un solo hombre, la Córcega entera.

Y suelta el trapo á una improvisación abrumadora, contando los votos de que dispone, los distritos que sólo aguardan á que él les dé la consigna.

—Vos me aportáis vuestros capitales... Yo os doy un pueblo entero.

Victoria en toda la línea.

—Bompain... Bompain... vocifera el Nabab entusiasmado.

Ya no teme más que una cosa, y es que el negocio se le escape, y para comprometer á Paganetti, quien no ha disimulado sus apuros pecuniarios, se apresura á ingresar un primer dividendo en la *Caja territorial*.

Nueva aparición del fulano del casquete rojo con el libro talonario que oprime contra su pecho con la gravedad del monaguillo que cambia el misal de lado.

Nueva suscripción por Jansoulet de una de sus hojas que el director embolsa con aire negligente, y que opera en su persona una súbita metamorfosis. El Paganetti de un momento antes, tan humilde, tan rendido, se aleja con el aplomo de quien lleva un contrapeso de cuatrocientos mil francos, mientras Monpavon, más tieso aún de lo que acostumbra, sigue sus pasos y le empolla con solicitud más que paternal.

—Buen golpe, dice para sí el Nabab; á ver si podré tomar mi café.

Pero una sarta de pedigüeños le salen al paso. El más listo, el más diestro es Cardailhac el empresario, quien le echa el guante y se le lleva aparte á un ángulo del salón:

—Echemos un párrafo, querido. Es menester que conozcáis el estado de nuestro teatro.

Muy crítico ha de ser, porque ahí viene otra vez M. Bompain, y otra vez saltan del libro consabido las hojas de papel azul... ¿Á quién toca ahora? Ahí está el periodista Moessard

que viene á hacerse pagar el artículo del *Mensajero*; ya sabrá el Nabab cuán caro le cuesta el que los periódicos de la mañana le llamen «Bienhechor de la humanidad.» Ahí está el párroco de aldea que pide fondos para reconstruir su iglesia, y toma por asalto los abonarés con la brutalidad de un Pedro el Ermitaño. Ahí está el viejo Schwalbach, hundida en la barba la nariz, guiñando el ojo con aire misterioso.

—Psit... Una ganga para la galería, un Hobbema de la colección del duque de Mora. Pero son muchos los que le van en zaga. Costará un poco.

—Cueste lo que cueste, responde el Nabab mordiendo el cebo... Ya lo sabéis, Schwalbach. Quiero el *Nobbema*... Veinte mil francos de propina si lo pescáis.

—Haré todo lo posible, señor de Jansoulet.

Y el viejo bribonazo se va, calculando que los veinte mil del Nabab sumados con los diez mil que el duque le ha prometido si le libra de semejante adefesio, harán una bonita ganga.

Mientras van desfilando esos afortunados, los demás aguardan turno, furiosos de impaciencia, royéndose las uñas hasta la raíz; porque todos han ido allí para lo mismo. Desde el bueno de Jenkins que ha abierto la marcha hasta el frotador Cabassu que la cierra, uno tras otro van llevándose al Nabab á un ángulo reservado del salón. Pero por lejos que se le lleven por aquella enristrada de salones, no falta nunca algún espejo indiscreto que se encargue de reflejar la silueta del dueño de la casa y la mímica de sus anchas espaldas. ¡Cuán elocuentes son estas espaldas! Á veces se yerguen indignadas:

—Oh, no, es demasiado.

Ó ya se rinden con cómica resignación:

—Vamos, si no hay otro remedio...

Y siempre el fez de Bompain por algún rincón del paisaje...

Cuando aquellos han terminado, todavía llegan otros: la morralla que va siempre en zaga del pez gordo en las grandes batidas por los ríos. Es un continuo ir y venir al través de aquellos regios salones blanco y oro, un ruido de puertas, una no interrumpida corriente de explotación desvergonzada y banal que desemboca allí desde los cuatro puntos cardinales de París y de sus cercanías, atraída por aquella colosal fortuna y aquella increíble facilidad.

Para las pequeñas dádivas, para esa distribución perma-

nente no se echaba mano del libro talonario. Para ello el Nabab conservaba en uno de sus salones una cómoda de caoba, tosco mueblecillo que representaba los ahorros de un conserje, el primero que había comprado Jansoulet así que había podido renunciar á la vida de pupilaje, que había conservado siempre como un fetiche de jugador, y cuyos tres cajones contenían constantemente doscientos mil francos en piezas menudas. Aquel era el manantial perenne á que acudía los días de gran audiencia, empleando cierta ostentación en revolver brutalmente á manos llenas el oro y la plata, hundirlos en el fondo de sus bolsillos para sacarlos de allí con gesto de mercader de bueyes, un cierto modo acanallado de apartar los faldones de su levitón y meter la mano en la pila. Hoy los cajones de la arquilla habrán sufrido un tremendo bajón...

Tras de tanto misterioso cuchicheo, de peticiones más ó menos desembozadas, de entradas fortuitas, de salidas triunfales, despedido el último cliente, cerrada con llave la cómoda, la habitación de la plaza Vendôme se vaciaba por fin á la dudosa luz de las cuatro de la tarde, ese final de los días de noviembre que las luces se encargan luego de alargar indefinidamente. Los criados retiraban el café, el raki, se llevaban las cajas de tabacos abiertas y semi-vacías. El Nabab, creyéndose solo, dió un suspiro de satisfacción.

—Uf, por fin...

Pero ¡quía!— Frente á él álguien se despega de un rincón ya oscuro y se le acerca con una carta en la mano.

—¿Todavía no?

Y al punto, maquinalmente, el infeliz hizo su expresiva mueca de chalán. A su vez, como instintivamente también, el recién venido hizo un movimiento de retroceso tan rápido, tan ofendido, que el Nabab conoció que se equivocaba y fijó la vista en el joven que estaba en pié delante de él, sencilla pero correctamente vestido, de rostro pálido, sin pelo de barba, facciones regulares, tal vez demasiado serias y hurañas para su edad, lo cual, junto con sus cabellos de un rubio claro ensortijados en pequeños rizos como peluca empolvada, le daba el aspecto de un diputado joven del brazo popular en tiempo de Luis XVI, la testa de un Barnave á los veinte años. Aunque el Nabab la veía por vez primera, aquella fisonomía no le era desconocida del todo.

—¿Qué se os ofrece, caballero?

Tomando la carta que el joven le presentaba, se acercó á una ventana para leerla.

—Toma... es de mamá...

Y lo dijo con aire tan alegre, esa palabra de mamá iluminó su rostro con una sonrisa tan joven, tan buena, que el visitante, repelido en el primer momento por el aspecto vulgar del advenedizo, se sintió lleno de simpatía por él.

El Nabab leía á media voz aquellas pocas líneas de gruesos trazos incorrectos y mal seguros que contrastaban con el lujoso papel satinado con el membrete:

«*Quinta de Saint-Romans.*—Mi querido hijo, el portador de esta carta es el hijo mayor de M. de Géry, el antiguo juez de paz del Bourg-Saint-Andéol, que tan bueno ha sido para nosotros...»

El Nabab se detuvo:

—Hubiera debido de reconocerlos, Sr. de Géry... Os parecéis á vuestro padre... Hacedme el favor de tomar asiento.

Y acabó de recorrer la carta. Su madre no le pedía cosa alguna concreta, pero invocando los favores que les había hecho en otro tiempo la familia de Géry, le recomendaba su hijo Pablo. Huérfano, con la carga de dos hermanos menores, se había graduado de abogado en el Mediodía y venía á París á hacer fortuna. La anciana suplicaba á Jansoulet que le ayudase porque «el pobre lo necesitaba en gran manera»; y firmaba: «Tu madre que se muere por verte, Francisca.»

Esa carta de su madre á quien hacía seis años que no había visto, esas expresiones meridionales que le traían á la memoria entonaciones conocidas, ese grosero carácter de letra que dibujaba para él un rostro adorado lleno de arrugas y de hoyos, de quemado cutis, pero sonriendo al abrigo de su cofia de aldeana, habían enternecido al Nabab.

En las seis semanas que llevaba de residencia en Francia, perdido en el torbellino de París, de su instalación, no había pensado todavía en su adorada viejecita. En aquel instante se le aparecía toda entera en aquellas líneas. Un momento estuvo contemplando la carta que temblaba entre sus gruesos dedos.

Luégo, vencida la emoción:

—Señor de Géry, dijo; doy gracias á Dios por haberme dado ocasión de devolveros parte de los favores que vuestra

familia ha hecho á la mía. Desde hoy, si no tenéis inconveniente, os quedaréis conmigo... Sois instruído, parecéis inteligente y podéis prestarme grandes servicios... Tengo un sin fin de proyectos, de negocios. Me meten en una porción de empresas industriales de gran importancia... Necesito á alguien que me ayude, que me sustituya en caso de necesidad... Verdad es que tengo ya un secretario, un intendente, á quien aprecio mucho, Bompain; pero el pobre no conoce nada de París y está desde su llegado como aturrullado... Me objetaréis que también vos acabáis de llegar de provincias... Pero no le hace. Con vuestros conocimientos, meridional y avispado, no cuesta gran cosa coger el intríngulis de esta tierra... Además de que yo me encargo de daros unas cuantas lecciones sobre esta materia. En un par de semanas, os respondo de ello, vais á tener todo eso al dedillo tan bien como yo mismo.

¡Desventurado! Daba lástima oírle hablar de su ciencia al dedillo y de su experiencia, á él que no había de salir nunca del primer paso.

—Entendidos; ¿no es eso?... Me haréis de secretario... Tendréis un sueldo fijo, luégo hablaremos de él, y queda á mi cargo el proporcionaros ocasión de hacer rápidamente vuestra fortuna...

Y como de Géry, arrancado de súbito á todas sus incertidumbres de postulante, de neófito, no resollaba por temor de despertar de aquel ensueño:

—Ahora, le dijo el Nabab en tono cariñoso, sentaos aquí, á mi lado, y hablemos un poco de mamá.

